MASTER
NEGATIVE
NO. 93-81160-28

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

LAGARRIGUE, JUAN ENRIQUE

TITLE:

LO SOBRENATURAL ANTE EL POSITIVISMO...

PLACE:

SANTIAGO DE CHILE

DATE:

1905

Master Negative #

93-81160-28

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

146
L1364 Lagarrigue, Juan Enrique, 1852-
...Lo sobrenatural ante el positivismo, por Juan Enrique Lagarrigue. Santiago de Chilé, 1905.
64 p. 18 cm.

VOLUME OF PAMPHLETS

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 3-8-93 INITIALS MGY
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

20.28

LO SOBRENATURAL

ANTE

EL POSITIVISMO

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

EL AMOR POR PRINCIPIO Y EL ORDEN POR BASE;
EL PROGRESO POR FIN

LO SOBRENATURAL

ANTE

EL POSITIVISMO

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

SANTIAGO DE CHILE
Año 51 de la Era Normal

1905

31-14151

IMP. CERVANTES.—BANDERA, 50

I

Agotamiento del teologismo.—Necesidad de que el positivismo lo reemplace.—Actitud orgánica que debe tomar el elemento progresista.—Verdadero objeto de la educación y de la vida.

El teologismo bajo sus diversas formas ha llenado una gran misión civilizadora. Pero al presente es tal su ineficacia que debilita lo que piensa sustentar. Así, por el hecho solo de que se prescriban los deberes públicos y privados en nombre de Dios, son generalmente desatendidos, á causa de la incompatibilidad radical de esa noción con el desarrollo actual del espíritu humano. En cuanto á las tentativas para renovar el teologismo, mediante una pretendida experimentación, eso es un deplorable extravío que no conduce mas que á excitar erronea y peligrosamente los cerebros. Tales son los fenómenos llamados espiritistas, en que alucinacio-

nes manifiestas pasan por comunicaciones de ultra-tumba. El único lazo efectivo con los muertos es el del recuerdo, que los hace revivir idealizados. La acción de los buenos y de los sabios se perpetúa y multiplica de ese modo á través de las generaciones. Importa, sin embargo, que la convivencia con los que han de nacer complete la convivencia con los muertos, para alumbrar mejor nuestro camino. Se debe, pues, proceder siempre bajo el influjo del pasado y en vista del porvenir.

Desde que el positivismo, sin desconocer la familia y la patria, que él fortifica al contrario, ha hecho á la Humanidad centro supremo de nuestros sentimientos, pensamientos y actos, nuestro destino normal está fijado. Por lo demás, el mismo teologismo no posee otro verdadero mérito que el haber servido al perfeccionamiento de nuestra especie, recurriendo á concepciones sobrenaturales cuando no era posible conocer realmente el orden natural. Los dioses y Dios son, en efecto, nociones ideadas para obtener que el individuo se subordine cada vez más á la sociedad. La influencia moralizadora del politeísmo es superada por la del monoteísmo. El ideal se purifica y eleva pasando del uno al otro, y adquiere en fin, bajo el positivismo, todo su esplendor. La historia universal no es, en el fondo, más que una larga, difícil y gloriosa ascensión

hacia la Religión de la Humanidad. Esta sublime doctrina ha de reunir para siempre á todas las naciones en una cooperación fraternal.

Desearíamos que el elemento progresista no vacilara ni un momento en dejar la actitud negativa y tomar la actitud positiva á fin de que utilice orgánicamente su vigorosa labor. Juzgado con imparcialidad, el catolicismo ha sido la mejor de las religiones antes que apareciera el positivismo. Reconózcanse sus servicios y, como ya no responde á la evolución social, trabájase sin descanso en reemplazarlo por la doctrina que le es superior. Cuando el sinnúmero de emancipados de lo sobrenatural, enarbolen noblemente el estandarte sagrado de la Humanidad, no tardarán en acudir al positivismo cuantas almas generosas encierre el catolicismo. La mujer, sobre todo, por su abnegada índole, está especialmente llamada á convertirse. Su mismo apego al culto de María la inducirá al culto de la Humanidad. Eso revela, examinando con ánimo sereno, la persuación instintiva del sexo femenino de su propia aptitud para personificar el más alto ideal. Ahora bien, Augusto Comte, inspirado por Clotilde de Vaux, simboliza á la Humanidad en la Virgen Madre, radiosa utopía positiva. La doctrina altruista, cuya excelsa religiosidad es insuperable, ha surgido de la fu-

sión moral de la más santa de las mujeres con el más sabio de los hombres.

El gran problema de la educación, que tanto preocupa á los espíritus elevados, tiene ya su solución definitiva. Las ciencias se hallan coordinadas, según el positivismo, en la célebre é indestructible clasificación de matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y moral. Aprenderlas en tal forma es una sólida preparación para el digno cumplimiento de nuestra misión humana. Como es sabido, esas siete ciencias, á partir de la matemática, su primera base, están dispuestas de manera que cada una se apoya en la precedente y la regla á su vez, hasta llegar á la moral que las corona y domina todas. De esto se desprende que los conocimientos han de buscarse sólo á fin de practicar con la mayor eficacia nuestros deberes respecto de la familia, la patria y la Humanidad. Hé ahí el verdadero objeto de la educación y de la vida.

II

Justicia que la Religión de la Humanidad tributa al pasado.—Moralidad transitoria del teologismo. —Moralidad definitiva del positivismo.—Oficio de lo sobrenatural.—La Humanidad es la fuente efectiva de todas nuestras inspiraciones.

La Religión de la Humanidad rinde al pasado alta justicia. El orden de cosas llamado sobrenatural le merece históricamente el mayor respeto, porque ha contribuido en gran manera á la educación del hombre. No se podía en los comienzos reglar nuestra existencia sino recurriendo á ese género de concepciones. En todos sentidos hubo de pasarse por el modo de pensar teológico antes de llegar al modo de pensar positivo.

Como el teologismo, en su pleno desarrollo, lo centraliza todo en Dios, el positivismo, á su vez, definitivamente instituido, lo centraliza todo en la Humanidad. El tránsito del uno al otro no es difícil de practicar si se considera que ambos reflejan nuestra propia naturaleza. Lo que en su *Política* dijo Aristóteles de los dioses, que el hombre los había hecho á su imagen y semejanza, es también aplicable á Dios. Esta idealización, tornándose por fin de imaginaria en positiva, reviste en la Humanidad su forma normal.

Vivir para la familia y la patria bajo

el amparo de Dios, es una moralidad transitoria. Detenida en ese punto, la organización social quedaría incompleta, puesto que se perpetuarían las contiendas internacionales que el monoteísmo no ha podido evitar y que sanciona más bien al glorificar religiosamente las victorias guerreras. Es preciso, por consiguiente, vivir además para la Humanidad que, anunciada en cierto modo por la noción provisoria de Dios, se nos aparece ahora en todo su esplendor, á fin de presidir santamente nuestra existencia entera.

Se ha dicho que lo sobrenatural no es más que una rama del orden natural, no conocida antes sino por indicios. Nótase en esto el influjo de nuestra época que tiende á no aceptar nada que no pueda comprobarse. Advertiré, para prevenir equívocos, que los positivistas no dudamos, ni por un momento, de la sinceridad de las grandes almas que se han creido teológicamente inspiradas, como Moisés, San Pablo, Mahoma, á quienes veneramos, por el contrario, en sumo grado; y tampoco dudamos, en general, de la sinceridad de los que ahora se dedican al espiritismo.

Eso no impide que miremos como fenómenos puramente subjetivos, es decir que se pasan dentro del propio cerebro, sin lazo alguno con el exterior, todo lo que se refiere al más allá. La variedad

misma de esas presuntas comunicaciones, que en la antigüedad fueron con Júpiter y los otros dioses del paganismo, durante la edad media con Dios, los ángeles y los santos, al paso que hoy toman un aspecto científico, debería convencer de que se trata solo de casos de auto-sugestión, conforme á las ideas del ambiente social respectivo. Semejantes alucinaciones, dentro de ciertos límites y cuando se guardaba por lo demás el equilibrio mental, podían acompañar al genio y fomentarlo aún. Fuera de ahí engendraban la locura.

No es, ciertamente, porque se tuvieron por enviados de Dios que son acreedores á una eterna gratitud, los tres más gloriosos representantes del monoteísmo, sino porque llenaron una egregia labor moralizadora. La destinación social de nuestra vida es en verdad lo que la hace meritoria. Economicemos, pues, nuestros sentimientos, pensamientos y actos para el servicio exclusivo de nuestra especie, sustrayéndonos generosamente, en bien de nuestros semejantes, á toda tentación telógica, donde se oculta siempre algo de egoísmo.

Segun declaración de su propio fundador, el positivismo no es más que el buen sentido generalizado. Ninguna verdad matemática, astronómica, física, química, biológica, sociológica ni moral, ha surgido

de otro modo que por la colaboración sucesiva de las generaciones sintetizada en los espíritus superiores. La influencia de los muertos sobre los vivos se ejerce sólo mediante el recuerdo, que puede abrazar inmensos espacios de tiempo. Cuantos piensan con veneración en las nobles acciones de los grandes hombres del pasado ó escuchan sus elevados consejos, se hallan con ellos en relación efectiva. Esa es también la única manera de entenderse con los muertos queridos de la familia.

Todas las inspiraciones benéficas tenidas por sobrenaturales son, en el fondo, inspiraciones sociales, que condensan á veces una larga tradición. Moisés fué un discípulo de la teocracia egipcia, que llevaba siglos de admirable existencia. San Pablo combinó la evolución hebrea con la griega y la romana al fundar el catolicismo. Mahoma desciende de Moisés y de San Pablo, cuya enseñanza supo aprovechar para su misión religiosa. La verdadera luz nos viene siempre de la Humanidad por medio de sus hijos predilectos; como nos lo ha revelado Augusto Comte á quien se debe la sublime doctrina que ha de producir la armonía universal.

III

Peligro actual de la educación católica y protestante.—Urgencia de la educación positiva.—San Pablo es el verdadero fundador del catolicismo.—La idea de Dios es indemostrable.

El teologismo católico ó protestante en que hoy se basa la educación de los niños, no resiste de ordinario á la cultura intelectual que reciben más tarde. Hondo pesar experimentan las madres cuando sus hijos olvidan las reglas que les han enseñado con cariñoso anhelo. Y lo que más les entristece, es ver que eso no sucede en forma accidental, por caidas de que sea dable levantarse, sino de una manera sistemática por repulsión expresa de los principios que les inculcaron.

Con la educación positivista, las madres obtendrían que sus hijos les quedaran eternamente fieles, porque si es cierto que podrían cometer faltas, no dudarían nunca, sin embargo, de la doctrina de su infancia. La experiencia y el estudio, lejos de inducirlos á desecharla, los harían adherírsele cada vez más. De madres positivistas saldrán sólo hijos de convicciones inquebrantables.

En la vida pública, el teologismo es aún más deficiente. Dios se ha vuelto, á ese respecto, una mera expresión verbal, privada de todo santo influjo, y de la cual se

usa á veces para fines censurables. No hay persona sensata que no mire la guerra como el más grande de los crímenes, y, sin embargo, se la sigue sancionando con *Tedéums*. Esto revela que el concepto monoteísta, benéfico un tiempo, es hoy desmoralizador. Se le debe, pues, eliminar con digna energía del orden social, sin desconocer por eso los servicios que prestó en el pasado.

Extirpada la idea de Dios ¿que base le queda á la moral? se preguntará tal vez. La Humanidad, que es nuestro verdadero Sér Supremo, responde el positivismo. Nadie ignora que la familia se ennoblece subordinándose á la patria. Ahora bien, la patria se ennoblece, á su vez, subordinándose á la Humanidad. Deja de cifrarse entonces la grandeza nacional en el predominio sobre otros pueblos. Todos los países se hallan, en efecto, moralmente obligados á cooperar siempre unidos en la misma gloriosa labor, bajo el sagrado imperio de la Humanidad, su augusta Madre. ¿Qué nación podría desconocer esa venerable procedencia? Bastaría reflexionar en la formación del lenguaje, para convencerse de que ningún pueblo es sociológicamente autónomo, dependiendo todos de la Humanidad, á quien deben amar, servir y honrar constantemente.

El monoteísmo occidental de San Pablo y el oriental de Mahoma, intentaron, cada

cual por su parte, producir la armonía universal, pero sin poder conseguirlo, neutralizándose después de las cruzadas mutuamente, y encontrándose hoy ambos en completa esterilidad social. Nombro á San Pablo, y nó á Jesús, como fundador del monoteísmo de occidente, en conformidad á una gran rectificación histórica de Augusto Comte. Las epístolas del incomparable apóstol exceden altamente en espíritu religioso á los evangelios. Jesús aparece en éstos como un simple moralista nacional, que jamás pensó en salir de su patria, y que aún prohibió á sus discípulos que lo hicieran (las palabras que San Mateo pone en su boca son categóricas: «No vayais á la tierra de los gentiles»). En cambio, San Pablo se destaca en sus inimitables escritos ardiendo en deseos de reunir á todas las naciones en una creencia común, y empeñándose por realizarlo con un celo y una abnegación sin límites. Además, Jesús se quedó siempre en el judaísmo, como lo comprueba la declaración que se le atribuye en los evangelios, de que la antigua ley no sería alterada ni en un ápice. San Pablo, al contrario, da por totalmente abolida la antigua ley, calificándola, sin ambages, de inútil, y le sustituye de lleno la nueva, que él mismo ha formulado. Muchos de los que rechazan lo sobrenatural, no saben sustraerse todavía al prestigio tradicional de Jesús, y lo si-

guen teniendo por la más elevada figura moral que haya existido. Verifícase á ese respecto, lo que en sentido inverso pasa con Mahoma. A influjo de la hostilidad católica contra el islamismo, es muy común ver desconocida por libres pensadores la alteza moral del gran reformador de oriente. Bajo el punto de vista sociológico, Mahoma podría ser comparado con San Pablo, pero nó Jesús. Este sólo aspiró á regenerar su propio país; aquéllos se esforzaron por regenerar el mundo entero.

La noción de Dios es racionalmente insostenible, como lo reconocía Pascal y lo ha demostrado Kant. Lo que más se le opone es la incompatibilidad de la omnipotencia absoluta con la suma bondad ante la existencia del mal. Por medio de la leyenda mosaica, emanada de la teocracia egipcia, se trató de obviar á esa contradicción insoluble. Ya el mal no se presentaría como obra de Dios, sino como resultado de la desobediencia del hombre. En el fondo, siempre caía la responsabilidad sobre el presunto creador. Pero como se supusiera que Dios mismo había hablado, explicándonos el origen del mundo y trazándonos el camino del bien, se acató su enseñanza, no obstante lo contradictorio que envolvía. Después del conocimiento de nuestro sistema planetario habría sido imposible la aparición de cualquiera de

las tres grandes doctrinas monoteístas: la de Moisés, la de San Pablo y la de Mahoma, en que se cree á la tierra el centro del universo. Si han seguido subsistiendo, á pesar de verse con eso intrínsecamente desvirtuadas, es como órganos de la moral. Reviste tal importancia lo que fija los deberes, que se le prefiere á todo. Muy absurdo podrá ser el dogma en que se base la moral, pero él quedará en pie mientras no venga un mejor dogma á sustentarla. Precisamente eso es lo que ahora se efectúa. El dogma indemostrable y contradictorio de Dios, no tardará en ceder su puesto al dogma demostrable y armónico de la Humanidad que cimenta indestructiblemente la moral y le permite alcanzar su mayor perfección.

IV

Verdadero rumbo del deber.—Superioridad de la moral positiva sobre la teológica.—Objeto de la adoración religiosa.—Importancia de la Religión de la Humanidad respecto de la cuestión social.

Según el conocimiento positivo de nuestra propia naturaleza, somos orgánicamente egoístas y altruistas. De ahí deriva la moralidad normal. El verdadero rumbo del deber consiste en subordinar cada vez más el egoísmo al altruismo. Vivir para la fa-

milia, la patria y la Humanidad, constituye nuestra misión definitiva. Con la eliminación de lo sobrenatural se perfecciona la moral, porque el individuo se incorpora entonces por entero en la sociedad. No se puede negar que la inmortalidad teológica es egoista, dado que ella implica la eterna y gozosa existencia de nuestra propia persona. Al contrario, la inmortalidad sociológica es realmente altruista, como que sólo se busca aquí el bien social. En efecto, al subsistir mediante el recuerdo que deja una noble vida, se continúa sirviendo á los demás después de muerto. La superioridad de la moral que lo centraliza todo en la Humanidad, sobre la que lo centraliza todo en Dios, es incontestable. Esta prescribe el bien por egoísmo, aquélla por altruismo. Todos los actos de un positivista deben ser inspirados por el amor y reglados por la inteligencia.

Una de las objeciones más frecuentes contra el positivismo es que la Humanidad no es susceptible de adoración. Precisemos lo que la adoración significa en realidad. Tres elementos la constituyen: una profunda veneración por el sér adorado, una inmensa gratitud por los beneficios que se supone nos ha hecho, y un vivo anhelo de identificarse con él, de manera que nuestra existencia sea como un reflejo de la suya. De ahí se desprende que cierta semejanza entre el adorador y

lo adorado es indispensable. Examínense las diversas religiones, y se notará que en todas ellas se ha rendido culto á un ideal humano. Bajo el nombre de los dioses y de Dios, se percibe siempre el tipo del hombre más ó menos enaltecido. Mediante esas creaciones ficticias, tomadas de nuestra propia naturaleza, se conseguía que tendiéramos á perfeccionarnos imitándolas. Pero hoy la adoración debe referirse expresamente á la Humanidad, que es nuestra verdadera providencia. Su mano bienhechora está en todo. Bajo el punto de vista moral, intelectual y práctico, no somos más que un producto de la Humanidad. Por alta que sea la gratitud que se le tribute, nunca podrá responderse á sus inmensos favores. Adorémosla, pues, fervientemente, y que este santo culto nos fortalezca para servirla sin cesar. Ella no es formada de todos indistintamente, sino del conjunto contínuo de los seres convergentes, según la feliz expresión de Augusto Comte. La noción de la Humanidad debe ser concebida sin tacha, con más razón aún que la noción de la patria.

Se dice á veces que el positivismo excita el orgullo, cuando lo que aconseja es una firmeza invencible para el bien. A esta doctrina se debe la más religiosa de las sentencias: «La sumisión es la base del perfeccionamiento»... Y, en verdad, ningún progreso se realiza en cualquier or-

den de cosas sino respetando las leyes naturales ó las artificiales que con éllas concuerdan. Hasta en el estilo sucede que el más perfecto es el del poeta, que se somete á las trabas del verso. Las reglas, si son buenas, lejos de oprimir, fortifican. Cuando se tornan deficientes, sólo se las debe abolir reemplazándolas. Así procede el positivismo respecto de los tres atributos de nuestra naturaleza: el sentimiento, la inteligencia y la actividad. Si antes fueron regidos teológicamente, él los rige ahora sociológicamente. En cuanto á lo que se objeta, que la doctrina altruista no durará sino lo que dure la Humanidad, eso no la amengua en nada. El absolutismo teológico, por el cual hubo de pasarse en nuestra difícil evolución colectiva, inspiró al hombre los deberes sociales halagándolo con la esperanza de una recompensa eterna é intimidándolo con el terror de un eterno castigo. Hoy, ese móvil egoísta es innecesario, y no hace más que viciar la educación. El bien debe prescribirse sólo en nombre de la Humanidad y realizarse por amor á Ella, sin que ningún motivo interesado venga á empañar nuestra conducta.

La Religión de la Humanidad es hoy, sobre todo, de una importancia extrema para resolver la gran cuestión social. El catolicismo no puede ni abordarla de frente siquiera. Los socialistas y anarquis-

tas, si tienen razón en muchas de sus censuras contra el orden de cosas actual, no aportan, sin embargo, ninguna solución efectiva; no tratan de reemplazar lo que critican con nada orgánico. Su concepción de un nuevo régimen carece por completo de profundidad y solidez. Es cierto que sus aspiraciones por el bienestar del proletariado son sinceras, pero su encono contra los poderes públicos y contra los capitalistas, los ofusca y descamina, en particular á los anarquistas, cuyo extravío llega hasta hacerlos imaginarse que pueden acelerar la regeneración humana por medio de cruentos atentados. La imperfección de sus ideas proviene de que se desentienden del punto de vista moral. En efecto, socialistas y anarquistas proclaman derechos, pero no reconocen deberes. De ahí que tiendan á la desorganización, y de ningún modo á una verdadera reforma. Muy distinta es la actitud del positivismo. Para él no existen derechos sino deberes, y los impone al patriciado y al proletariado, al sacerdocio y á la mujer, en tal forma, que la convergencia social de sus respectivas funciones consolidará el orden y facilitará el progreso. La ciencia y el sentimiento, el capital y el trabajo, reglados altruistamente, santificarán nuestro planeta. Como medida previa indispensable para la regeneración positiva, la Religión de la Humanidad re-

clama la supresión de la guerra. Así, cada ciudadano podrá amar á su familia y á su patria sin odios internacionales, fraternizando con todos los pueblos y esforzándose por concurrir á la armonía universal.

V

Significado del tipo de la Virgen Madre.—Su transformación de misterio teológico en utopía positiva.—Llamamiento á todos los hombres sin distinción de partidos.—Función de los templos.—La Iglesia es necesaria para el orden moral.

Por notoria que sea la incapacidad actual del catolicismo para dirigir el mundo, no se deben, sin embargo, desconocer sus servicios. Se le ha reprochado el culto de las imágenes cuando así seguía juiciosamente la tradición greco-romana. El arte de la escultura y de la pintura entraron de ese modo á formar parte de la religión medioeval. Pero el cargo que se hace tal vez más á menudo al catolicismo, es que haya instituido la adoración de la Virgen Madre. Puede decirse que este bello ideal ha suplantado al tipo de Jesús.

El culto de los caballeros de la Edad Media por la mujer determinó esa transformación que constituye un verdadero progreso, puesto que con eso se reconoce la primacía del corazón femenino. Es un

grave equívoco menospreciar los misterios teológicos, en vez de interpretarlos racionalmente. Ellos envuelven la aspiración al perfeccionamiento moral, y han desempeñado un oficio análogo al de las utopías en el orden positivo. Examínese así el misterio de la Virgen Madre, y se le verá llenar una gran función, haciendo que la mujer se esfuerce lo más posible por acercarse á ese tipo de pureza, de ternura y de bondad, é induciendo al hombre á respetar cada vez más á la mujer. Ahora bien, la Virgen Madre convertida de misterio en utopía, pasa en el positivismo á representar directamente á la Humanidad. ¿Qué personificación le sería más apropiada? La verdadera base de la sociedad doméstica, cívica y universal es el altruismo, del cual está más dotada la mujer que el hombre, y por tanto á élla le corresponde simbolizar á la Humanidad, la patria y la familia. Podrá el sexo masculino sobresalir por la inteligencia y la energía, pero siempre el sexo femenino brillará mucho más por el amor.

Si se ha visto subsistir al catolicismo después que lo deshizo teóricamente el siglo XVIII, es porque, bajo el aspecto moral, ninguna doctrina lo había reemplazado. Pero con la venida del positivismo la situación ha cambiado por completo. Esta religión no sólo representa la verdad, sino, sobre todo, la santidad y en

forma mucho más elevada que el catolicismo, que no supo librarse del estrecho individualismo teológico. Cuantos sean todavía católicos, siempre que estén animados de noble índole, no podrán menos de convertirse al positivismo.

Hay también justos motivos para esperar la conversión de todos los radicales y socialistas que amen sinceramente el bien. Es cierto que los católicos traerian al positivismo sus hábitos de orden, pero aquéllos le traerían en cambio sus aspiraciones al progreso, sus enérgicas tendencias reformadoras que guiadas altruistamente, ejercerían el más saludable influjo. Nuestra doctrina no distingue de partidos, y llama á su seno á todas las almas de recta conciencia para establecer la armonía universal. El orden sin progreso, no es orden sino retrogradación, y el progreso sin orden, no es progreso sino anarquía. Más aún, la combinación del orden y el progreso necesita del complemento del amor. Sin eso, el organismo social sería un cuerpo inerte. Pero el amor que debe vivificarlo y enaltecerlo no puede ser otro que el amor de la Humanidad, como lo prescribe el positivismo.

Generalmente se cree ahora que los templos deprimen el alma. Es indudable, sin embargo, que, para quienes los visiten de buena fe, son noble escuela del corazón. Bajo las diversas doctrinas por que

ha pasado nuestra especie, no hay edificios más venerables que ésos. Así fueran fetiquistas, politeístas, monoteístas, han sido centros para santificarse, es decir, para alcanzar el punto más elevado de disposición virtuosa en conformidad con la creencia respectiva. El influjo bienhechor de los templos depende de que están exclusivamente consagrados á la cultura de los más generosos afectos. Cada concurrente mira á los demás como animados del mismo santo espíritu que lo anima á él mismo, y eso los fortalece á todos recíprocamente. Es cierto que el culto privado debe preceder al culto público, pero no puede excluirlo, porque entonces quedaríamos desprovistos de los benéficos alientos que nos infunde en los templos el consorcio de las almas. La concepción de un orden social, sin esas mansiones sagradas, sería de lo más deficiente.

Los teatros, por perfeccionados que se les suponga, nunca podrían llenar el venerando oficio de los templos. Lejos, pues, de pensar en abolir á éstos, se debe tratar sólo de adaptarlos á su destinación normal. Que el culto que se celebre en los templos sea el culto de la Humanidad y los veremos servir siempre al más alto perfeccionamiento moral.

La discordia de ideas entre la mujer y el hombre no puede ser más deplorable. Hoy sólo frecuenta los templos el sexo fe-

menino, porque ya no los alumbra sino con pálidos reflejos el teologismo agotado. Cuando los ilumine esplendorosamente el positivismo, se juntarán en éllos para siempre los dos sexos. La mujer que es de índole mucho más afectuosa que el hombre, prefiere quedarse en un culto por imperfecto que sea, antes que pasar al escepticismo. No existe verdadera regeneración social si falta el concurso femenino. Para obtenerlo, no basta dirigirse á la inteligencia de la mujer, es preciso satisfacer además los elevados anhelos de su corazón. El culto politeísta se hallaba exhausto, la razón del hombre lo rechazaba enteramente, y no obstante siguió en pie hasta que fué reemplazado por el culto católico. Este constituía un progreso sobre aquél. Ahora sucede que el culto católico ya no responde á la razón del hombre, pero la mujer le permanece adicta y no lo abandonará sino por el culto positivista. ¡Cuán importante sería que los innumerables emancipados de lo sobrenatural se persuadieran de esto á fin de acelerar la regeneración suprema! Por lo que hace al sacerdocio católico, él cumpliría una santa misión si supiera transformar el culto de Dios en culto de la Humanidad. Eso facilitaria altamente la conversión altruista de la mujer.

Suele decirse ahora que no debiera existir más que el Estado, suprimiéndose la

Iglesia. Se olvida así que para obtener una verdadera organización social es insuficiente el poder temporal, y se requiere además del poder espiritual. Aquél manda y ejecuta, éste aconseja y juzga. La sociedad no sólo es imposible sin Gobierno, sino también sin Sacerdocio. En nuestra misma época de transición se comprueba la existencia del poder espiritual que está representado, sobre todo, por la prensa. Ella es flotante é incierta por falta de una verdadera doctrina, pero imperfectamente que sea, advierte y censura. Lo mismo que en biología, no hay en sociología función sin órgano. Si el orden político supone el Estado, el orden moral supone la Iglesia. Transformada ésta en intérprete de la Religión de la Humanidad, no cesará de influir santamente en que todos los pueblos trabajen siempre unidos por el bienestar universal.

Así como las imperfecciones del Gobierno no implican que se le ha de suprimir sino sólo modificar, así también las imperfecciones del Sacerdocio no han de inducir á su abolición sino á reorganizarlo. Puesto que el sacerdocio teológico, á causa del agotamiento de la doctrina en que se apoya se ha tornado incapaz de dirigirnos, debe sustituirlo el sacerdocio positivo que procederá siempre en nombre de la Humanidad y para su servicio. Si llegara á descaminarse, lo rectificaría fá-

cilmente una opinión pública basada en la doctrina altruista.

Todo debe ceder ante lo que más convenga á la Humanidad. Sostener un modo de pensar más allá del tiempo en que ha sido útil, es hacerlo perjudicial. Eso pasa ahora con la prolongación indebida del monoteísmo. Nuestra verdadera condición de hombres es la sociabilidad, que adquiere en el positivismo toda su plenitud. La preocupación egoísta de salvarse fuera de nuestro planeta, no tiene cabida en esta sublime doctrina que nos prescribe una abnegada consagración al servicio de nuestros semejantes.

VI

Juicio sobre la obra de Crookes «Fuerza psíquica». —Criterio positivo.—Verdadera teoría del alma formulada por Augusto Comte.

El libro del señor William Crookes, titulado *Fuerza psíquica*, por la circunstancia de ser el autor un químico distinguido, prestigia, á juicio de muchos, lo que ahí sostiene, aunque el asunto sea extraño á sus tareas habituales. No pienso lo mismo, y guardándole al señor Crookes las consideraciones que merece por los estudios de su competencia, me permito

desestimar altamente cuanto el libro susodicho encierra. Creo, por ejemplo, que respecto de Newton, cuyo valor científico es sin duda muy superior al de Crookes, no se vacilará en desechar sus comentarios del Apocalipsis, en medio del profundo homenaje que debe rendirse á sus inmortales trabajos matemáticos y astronómicos.

Al comienzo de su libro el señor Crookes declara que ha entrado en sus nuevas investigaciones con ánimo sereno y sin aceptar lo sobrenatural. En seguida, después de imaginarse que ha verificado que el hombre puede influir sobre los objetos materiales sin necesidad de contacto, afirma todavía que esto, lejos de ser favorable al espiritualismo, le es adverso. Pero al fin del libro vemos que el señor Crookes, avanzando en sus experimentos, llega hasta creer que ha conversado de viva voz con una persona, fallecida hacía tiempo, que se la aparece en forma corpórea que él palpa con sus propias manos, y que le da repetidos testimonios de un poder maravilloso. Adhiere entonces por completo al espiritualismo, persuadido de haberlo comprobado científicamente.

Examinado todo eso con criterio positivo, lo que hay en realidad es que el señor Crookes, creyendo hacer estudios trascendentales, se ha extraviado en el terreno de las alucinaciones. A poco andar

se desliza con tal rapidez, que se le presenta un muerto, y nó en forma intangible y muda, como suele pasar ilusoriamente, sino con cuerpo sólido, articulando la voz humana y efectuando cosas sorprendentes. Esto implicaría un profundo desequilibrio mental, si no fuera que el señor Crookes ha de haber sido víctima de un engaño.

Veamos en qué consiste el criterio positivo que debe hoy aplicarse á todo. El es la resultante de la gran gerarquía científica compuesta de la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología, la sociología y la moral. La honra excelsa de haberlo formulado en su condición integral, le corresponde al maestro supremo Augusto Comte. Cuando él apareció yà habían sido instituídas las cinco primeras de las siete ciencias que forman la totalidad del saber real, aunque no se hallaban todavía bien coordinadas. Esto lo ejecuta Augusto Comte, y las completa, además, fundando la sociología, y por fin la moral, que cierra santamente el vasto círculo de nuestros conocimientos y fija para siempre la regla de nuestra vida. Todo el orden exterior y el orden humano se juntan entonces bajo una síntesis imperecedera. De aquí emana vigoroso el criterio positivo que, iniciado con la matemática y perfeccionado á través de las otras ciencias, sólo reviste su plena madurez en la moral, cuya fundación orgánica implicaba el establecimiento previo de la sociología.

Evidentemente la virtud data desde los más remotos tiempos, como producto espontáneo que es de nuestros sentimientos generosos. Pero la institución positiva de la moral necesitaba del verdadero conocimiento de la naturaleza humana, que no podía surgir sino de la sociología que demoró tanto en formarse. Como la tentativa de Gall se realizara ántes de la fundación de esta ciencia, tenía que ser imperfecta. Le quedará, sin embargo, á este hombre eminente la gloria de haber sido el primero en aseverar, efectuando inmensos trabajos para comprobarlo, que todas nuestras facultades afectivas, intelectuales y activas, están localizadas en el cerebro. La esforzada labor de Gall prepara la de Augusto Comte que, después de fundar la sociología, instituye la teoría positiva de la naturaleza humana, dándonos así la verdadera clave de nuestros destinos.

El alma se nos presenta entonces tal cual es, como el conjunto de las dieciocho funciones del cerebro, siete egoístas, tres altruistas, cinco intelectuales y tres activas. Observándolas ejercitarse en el largo curso del pasado, descubre Augusto Comte las leyes que las rigen. Por lo que hace á las funciones egoístas y altruistas, aquéllas se subordinan á éstas, primero en las

relaciones domésticas, después en las relaciones cívicas y, por último, en las relaciones universales, lo que determina sucesivamente el amor á la familia, la patria y la Humanidad. Respecto de las funciones intelectuales, ellas tuvieron que atravesar el modo de pensar teológico y metafísico para alcanzar el modo de pensar positivo. En cuanto á las funciones activas, el espíritu de conquista las regla en un principio, luego, el espíritu de defensa, y, en fin, el espíritu industrial. Resulta de esto que nuestro estado normal excluye radicalmente la teología, la metafísica y la guerra. En cambio la familia y la patria subsistirán siempre, pero sometidas en todo al amor de la Humanidad, que ha de regir también eternamente á la inteligencia y la actividad.

VII

El punto de vista social excluye ahora al monoteísmo —Todo debe centralizarse en la Humanidad. —La tendencia a lo sobrenatural es incompatible con el verdadero altruismo.

Bajo el punto de vista social en que es indispensable colocarse ahora, todo lo que no favorezca el orden y el progreso es una inmoralidad manifiesta. No puede negarse, por ejemplo, que la concepción politeísta, benéfica un tiempo, se hizo perjudicial cuando apareció la concepción monoteísta que levantó el ideal de nuestra existencia. Pues bien, lo mismo pasa hoy respecto de la concepción monoteísta, desde que ha surgido la concepción positivista, en que el ideal reviste su expresión definitiva. La noción de Dios debe, en efecto, desaparecer ante la noción de la Humanidad, que disciplina armónicamente nuestra vida entera. Ni los individuos, ni las familias, ni las naciones pueden sustraerse á su sagrado imperio sin incurrir en egoísmo personal, doméstico ó cívico. Y eso sucedería siempre que se invocare á Dios para separarse de la Humanidad en cualquier forma que fuere.

La finalidad positiva de todos nuestros sentimientos, pensamientos y actos, se impone de un modo inconcuso. El amor, la ciencia y el trabajo que se desvíen en algo de la Humanidad, se tornan al punto inmorales. Si el monoteísmo ha sido meritorio, es porque ha servido para perfeccionarnos en la tierra, único título que enaltece á las doctrinas. Hay, pues, que honrarlo históricamente, en tal sentido, pero absteniéndose por completo de mantenerlo ahora que no es más que un obstáculo al triunfo de la sublime moral altruista.

La comunión que pretende establecerse entre los habitantes de los diversos planetas, es un falso miraje que no hace sino

malgastar fuerzas que se deben á la Humanidad. Se dice que hay experiencias que comprueban eso, y que el alma se reencarna en nuestra tierra y en los otros astros. Basta para disipar ese modo de ver el que nadie se acuerde de haber vivido antes, lo que viene también en apoyo de que el espíritu no es más que una función del cerebro. Esos anhelos de un individualismo desenfrenado, son restos de la antigua manera de concebir el mundo, en que se creía que todo estaba formado para nosotros.

Después que la astronomía destronó á la tierra de su imaginaria posición de centro del universo, se ha ideado la sociabilidad interplanetaria. Que todos los planetas conocidos y desconocidos estén habitados, puede tenerse, si se quiere, por seguro. Pero los lazos entre los que allí vivan y nosotros, son imposibles. Todas las tentativas para entendernos con éllos, constituyen esfuerzos perdidos que debieran consagrarse á una verdadera destinación social.

¡Cuán lejos nos hallamos aún de haber establecido la fraternidad universal en nuestro planeta! ¡Qué de males no tenemos que vencer todavía! ¿Cómo puede distraerse nadie bajo ningún respecto del servicio de la Humanidad?

Vuélvase la vista hacia el fondo de la propia alma, hágase ahí un examen im-

parcial, y tendrá que reconocerse que en toda aspiración extra-terrestre hay un móvil indudablemente egoísta. Es el apego á sí mismo el que obra en ese caso, y de ningún modo el amor al prójimo. Siempre que el sentimiento social es de pura índole altruista, sabe detenerse en nuestro planeta, si bien lo abarca por completo y se dilata infinito en el tiempo, comprendiendo todo el pasado y todo el porvenir de nuestra especie. Debemos, pues, vivir en comunión moral, no sólo con nuestros contemporáneos, sino también con la inmensa serie de nuestros ascendientes y de nuestros descendientes. Esa es la esfera propia del verdadero amor. El organismo social se desenvuelve sin solución de continuidad á través de las generaciones. Todo debe ya referirse abiertamente á la Humanidad, sea que se haga labor moral, científica ó estética.

La religión cuyo oficio esencial ha sido fijar nuestros deberes é impulsarnos á cumplirlos, es lo que hay de más venerable. Ella hubo de acudir primero á las concepciones sobrenaturales para llenar su santa misión; pero llegada á su plenitud, nos muestra la más elevada senda moral en el servicio exclusivo de la Humanidad. El triunfo de la virtud ya no necesita, en verdad, de la ayuda del teologismo. Más aún, éste no hace ahora sino inficionar egoístamente las buenas acciones. Con

el predominio creciente de la religión positiva se disiparán todas las sombras teológicas, quedando libre el paso al amor de la Humanidad que viene á moralizarnos altruistamente.

Las graves dificultades sociales de nuestra época no pueden resolverse sino por medio de la doctrina fundada por Augusto Comte. El proletariado y la mujer tienen razón en aspirar á una profunda reforma en sus condiciones de existencia. Pero han tomado caminos que no conducen á mejorar su suerte sino á empeorarla. Ni el socialismo, ni el anarquismo, ni el feminismo son verdadera solución; pues cada cual, á su modo, desconoce las propiedades orgánicas del orden colectivo. Así, el socialismo no acepta la Iglesia; el anarquismo no acepta ni la Iglesia ni el Gobierno; y el feminismo confunde de un modo deplorablo la misión de ambos sexos. Mientras tanto, la Religión de la Humanidad, eliminando de raiz el teologismo, pero procediendo con espiritu fundamentalmente orgánico, sociocratiza la Iglesia y el Gobierno, y traza con segura vista al patriciado, al proletariado, al sacerdocio y a la mujer sus funciones respectivas, de cuyo exacto cumplimiento depende la armonia universal.

VIII

El espiritismo pretende renovar lo sobrenatural.— Eso es un grave error.—El orden moral se aclara desde que Augusto Comte ha establecido que el altruísmo es inherente á la naturaleza humana.— Verdadera inmortalidad.

Lo sobrenatural desempeñó, sin duda, una gran misión social. Ahí se elaboraban los principios morales de nuestra existencia. Pero lo sobrenatural no ha sido, en verdad, más que una creación espontánea de la misma naturaleza humana. Bajo su forma católica é islámica llenó su destino más alto, y hoy está radicalmente agotado. El espiritismo pretende, sin embargo, renovar lo sobrenatural llamándolo natural. Cuestión de palabras que no altera en nada la realidad de las cosas. Para toda persona serena é imparcial, el cerebro de un espiritista se halla mucho más impregnado de lo sobrenatural que el de un católico. Este vé en las comunicaciones de ultratumba una excepción que se presenta de tarde en tarde y sólo en seres privilegiados; aquél las practica de diario con una facilidad extrema.

La herencia egoista que ha dejado el teologismo, no obstante los servicios que prestó en el pasado, impide á muchos aún convertirse á la Religión de la Humanidad. Como se estuviera acostumbrado á

la espectativa de una recompensa personal de ultratumba, se encuentra demasiado pura y severa la moral positiva en que sólo ha de hacerse el bien por altruísmo. Pero toda la educación llegará á verse indudablemente reglada un día de ese noble modo. Examinando á fondo la naturaleza humana, resulta que el deber y la felicidad se identifican, consistiendo ambos en el triunfo de los sentimientos generosos.

Es indudable que todo debe ser juzgado desde el punto de vista social. Individuos, familias, naciones, doctrinas, instituciones, valen ó desmerecen según concurran ó nó al perfeccionamiento de nuestra especie. Nada, ni nadie, puede sustraerse á esa apreciación suprema. Las creencias sobrenaturales no tienen otro título al reconocimiento que el haber servido á la Humanidad, invocando á Dios. Pues bien, ese servicio debe ya efectuarse en forma directa y expresa, sin ninguna ficción teológica. Nuestra vida entera se resume en la Humanidad, á donde se ha de converger siempre, guardándose de toda distracción sobrenaturalista. Esto es tan incontestable, que los espíritus rectos y generosos no tardarán en reconocer como un deber ineludible la adhesión al positivismo.

El progreso humano ha ido desalojando sucesivamente lo sobrenatural de la astronomía, de la física, de la química, de la biología, de la sociología y, en fin, de la moral. Como ciencia preliminar, surgió primero la matemática, que forma el instrumento lógico de todas las otras. Aún puede notarse que los eclipses intimidan á los aldeanos, porque no conocen su explicación positiva, y los miran como enojos divinos. En cuanto á la biología, los espiritistas se hallan en una situación análoga, al creer en una entidad independiente del cuerpo que lo vivifica. Ante la verdadera ciencia, el alma es el conjunto de las funciones del cerebro; y entre la del hombre y la de los animales no hay más que diferencia de grados, existiendo una comunidad fundamental.

Desde que Augusto Comte ha establecido que el altruísmo es inherente á la naturaleza humana, todo el orden moral se aclara. La explicación sobrenatural desaparece de ese dominio superior. Cada vez que la virtud funciona, bajo las diversas creencias, eso es el fruto propio del altruísmo que, junto con el egoísmo, todo hombre lleva orgánicamente consigo. Ahí se encierra el secreto de la santidad que se suponía antes un dón sobrenatural. El altruísmo y el egoísmo se baten sin cesar dentro de nosotros mismos. Cuando el altruísmo vence, brota fecundo el bien; cuando el egoísmo, se yergue estéril el mal. Todo el progreso puede reducirse,

en el fondo, á la subordinación creciente del egoísmo al altruismo, en el individuo, en la familia y en la patria, de modo que no se haga nunca sino lo que más convenga al engrandecimiento de la Humanidad, á su eterna gloria.

La verdadera comunicación con los muertos es la que se opera en virtud de las leyes propias del organismo social. No hay más que una inmortalidad efectiva, y élla consiste en el recuerdo que deja cada existencia benéfica. Todos los ilustres muertos sólo en el seno de la Humanidad se cneuentran realmente vivos. Con sus grandes acciones ó sus luminosos libros, excitan constantemente al bien, á través de las generaciones. Ningún perfeccionamiento moral, intelectual ó práctico ha venido por inspiración extra-terrestre, aún cuando así se pensara durante la época teológica, por falta de verdadero conocimiento del orden humano. Penétrese el sentido de los tiempos y no se trate de hacer revivir ideas que llenaron su labor y no tienen ya razón de ser. En el siglo XVII, por ejemplo, fué perfectamente apropiada la ardiente polémica del gran Bossuet con los protestantes sobre el misterio eucarístico. Ahora no tendría significado alguno. Y si Bossuet pudiera renacer en nuestro siglo, no se ocuparía, por cierto, en defender el misterio eucarístico, pues apoyar ahí la moral sería edificar

sin cimientos. Basta una contemplación altruista del mundo para desechar lo sobrenatural y encaminarse con ánimo sereno á la Religión de la Humanidad.

IX

Valor histórico de la idea de Dios.—La idea de Humanidad debe sucederle como el único principio sólido para dirigir el mundo.—Peligros que envuelve el espiritismo.

La evolución social ha modificado sucesivamente el criterio humano, que primero fué teológico, después metafísico, y que es ahora positivo. Dios ya no tiene sino un valor histórico, en cuanto presidió durante largo tiempo al progreso de nuestra especie. Querer cimentar el orden social y moral en el monoteísmo, sería, al presente, casi tan impropio como si se quisiera hacerlo en el politeísmo. Nadie ha probado que Júpiter, Venus, Marte, Mercurio, Saturno y demás dioses del paganismo no existen, ni puede efectuarse tal demostración; nadie, á su vez, puede probar que Dios no existe. Pero á la inversa, nadie tampoco podría demostrar que los unos ó el otro existen. Se ha creido ó se ha dejado de creer en el politeísmo y en el monoteísmo, en virtud del apoyo que prestaron ó cesaron de prestar á la moralización de nuestra vida. En el grado

de la evolución que alcanzamos no hay otro principio sólido para dirigir el mundo que el concepto de la Humanidad. Este verdadero Sér Supremo, al que todo debe referirse, se nos aparece con tal evidencia, que no se le puede desconocer racionalmente.

El hombre no existe como individuo sino como miembro de la sociedad. Vivir para la familia, la patria y la Humanidad es nuestro destino propio al que todos deben someterse. El monoteísmo se esforzó, ciertamente, por hacer fraternizar á todos los hombres reuniéndolos en el amor de Dios. Pero esa fraternidad se resentía de un gran fondo de egoísmo, porque era sancionada por la esperanza de la eternidad de los goces y el temor de la eternidad de las penas. Una vez que llegó á comprobarse de una manera inconcusa que el altruísmo es inherente á la naturaleza humana, la moralidad normal pudo instituirse.

Todos nuestros deberes emanan, entonces, del amor á la Humanidad y han de cumplirse bajo ese sagrado impulso. Cuando los espiritistas dicen que si no se creyera en una otra vida era de entregarse aquí al más completo desenfreno, les hacemos el honor de suponer que se calumnian á sí mismos, puesto que si, en efecto, por dejar de aceptar lo sobrenatural, vinieran á conducirse de ese modo, revelarían que estaban enteramente privados de altruísmo.

Invócase por los espiritistas las dificultades con que han tropezado para ser reconocidos los descubrimientos científicos y los inventos industriales, en abono de los pretendidos obstáculos que éllos mismos encuentran. Pero el espiritismo, lejos de hallar fuerte oposición, se propaga, por el contrario, con enfermiza rapidez, aunque en forma vergonzante. La tendencia á lo sobrenatural que han dejado las antiguas creencias, precipita en esa aberración á muchas almas. En vez de quejarse de encontrar resistencia, debieran más bien vanagloriarse los espiritistas de lo ligero que andan. Para caer en la epidemia que los aqueja basta un momento de fragilidad cerebral. Y por eso es que se suelen contaminar hasta personas que se hubiera creido á prueba del contagio. Tan distante se halla el espiritismo de constituir un progreso, bajo ningún respecto, que él implica evidentemente el más incalificable retroceso. Eso no es más que una vuelta á la infancia de nuestra especie; pero con la diferencia de que lo que entonces era espontáneo y conciliable con el equilibrio mental, es ahora profundamente artificioso y malsano. En el caso imposible, por cierto, de que el espiritismo llegara á triunfar, se vería predominar en las almas el más grave de los estados patológicos.

Aquello constituiría una honda y crónica perturbación de la razón humana.

Hacemos votos por que los espiritistas despierten de su peligroso delirio, recobren la salud del alma y, alejándose sin vacilar de las tinieblas que los envuelven, se dirijan con firme paso hacia el positivismo, que ilumina generosamente el mundo para producir la armonía universal.

No puede negarse que todo ha de converger ahora hacia la Humanidad. Sentimientos, pensamientos y actos que no concurran al servicio de esa existencia soberana, deben ser radicalmente eliminados. Cualquiera función que se desempeñe, séase hombre de ciencia, ó industrial, ó poeta, ó estadista, ó sacerdote, ó proletario, es preciso tener siempre en vista á la Humanidad como fin último. La menor distracción de ese objetivo supremo implicaria una verdadera falta. Esto es indiscutible, habiendo pasado á la categoría de axioma ante el criterio popular. Se sigue, pues, de ahi que cada vez que lo sobrenatural nos tiente, importa rechazarlo como un movimiento egoísta. Debemos consagrarnos por entero á la Humanidad, porque esa es nuestra obligación suprema.

X

Aptitud de la mujer para el positivismo.—Superioridad moral de élla respecto del hombre —Emancipación del proletariado tocante al sentimiento de lo sobrenatural.

Es hoy indispensable sustraerse á las preocupaciones teológicas que impiden contemplar el sublime ideal altruísta, llamado á guiarnos para siempre por la verdadera senda del progreso. Los servicios que prestó lo sobrenatural en el pasado, han de serle, sin duda, reconocidos. Pero al presente se le debe eliminar, porque no es mas que un obstáculo á la plena convergencia de las almas en la Humanidad, que nos reclama por entero con manifiesta certidumbre. ¿Quién puede, en efecto, desconocer racionalmente que nuestro destino normal sea consagrarse al amor y al servicio de ese verdadero Sér Supremo, á través de la familia y la patria que junto con haberlo preparado lo cimentan? Desde que se sabe con toda evidencia que el altruísmo es inherente á la naturaleza humana, no se necesita, de ningún modo, para consolidar la moralidad, del apoyo egoísta, primitivamente ideado, de las recompensas y los castigos sobrenaturales. El deber nace del amor á nuestros semejantes y se reduce, en el fondo, á practicarlo. Por eso, vivir para la fami-

lia, la patria y la Humanidad, constituye la moral definitiva.

La mujer, por su abnegada índole, se halla espontáneamente más dispuesta que el hombre para el positivismo. Si todavía permanece adicta al concepto monoteísta, es porque lo supone indispensable para la cultura de los más elevados sentimientos. Pero, en cuanto se persuada de que la Religión de la Humanidad encierra la más perfecta moral, dejará sin esfuerzo el transitorio teologismo, viniendo á incorporarse de todo corazón en esa doctrina eterna. Mal conocen á la mujer los que se imaginan que su apego á lo sobrenatural procede de un mezquino deseo de salvación personal. Su naturaleza es demasiado generosa para que fuera á inspirarse en el egoísmo. Lo que sólo la decide, en ese caso, es la idea de que el orden moral necesita del sostén teológico. Nada tiene, pues, de extraño que la simple ciencia que demuele lo sobrenatural sin levantar una moralidad superior á la que ahí se basa, le sea antipática. Semejante actitud le hace, por el contrario, honor, puesto que entre la virtud y la ciencia, aquélla es preferible. No creo que nadie se atreva á negarlo. Más, si álguien se ofuscare, bastaría para disuadirlo con preguntarle á quién escogería por amigo, si á un hombre de ciencia sin virtud, ó á un hombre de virtud sin ciencia.

El instinto moral de la mujer es de una penetración admirable. Con razón se aleja de una intelectualidad sin amor. Durante largo tiempo ha creido que el positivismo era también una doctrina reñida con los más nobles afectos. Felizmente, ya empieza á tener informaciones exactas de su verdadero espíritu. De ahí pnes que pronto ha de ver en la Religión de la Humanidad á la Religión suprema. En su seno se armonizan y enaltecen la ciencia y la virtud, porque los conocimientos no se adquieren más que para hacer el bien, ni éste se practica sino por altruísmo. Dentro del orden social que la doctrina positiva viene á establecer, el primer rango le corresponde a la mujer en su gran misión de providencia moral del mundo. Así llenará el destino que le es propio, y nó, ciertamente, en una deplorable competencia con el hombre, que se ha dado en llamar emancipación femenina, cuando eso constituiría su peor esclavitud, por el ahogamiento que implica de sus privilegiados atributos.

La fuerza de la mujer está en el sentimiento. A este respecto nos aventaja altamente, y es nuestra guía, nuestra inspiración, el manantial perenne de la paz de nuestras almas. En su augusto carácter de madre nos forma la conciencia, de donde derivan todos nuestros progresos morales. Como esposa, como hermana,

como hija, la mujer completa la santa obra maternal siempre culminante. ¿Qué hombre verdaderamente digno podría ver con indiferencia que los miembros femeninos de su familia estuvieran obligados á buscarse el sustento fuera del hogar? Si se interroga al más modesto proletario, responderá, sin duda, que su aspiración íntima es que su madre, su esposa y sus hijas se queden en su casa miéntras él trabaja en el taller, á fin de mantenerlas sin miseria. Esto implica, por lo demás, la tasa equitativa del salario industrial. La verdadera emancipación de la mujer es, precisamente, el que se halle libre de las tareas que sólo incumben al hombre, para que ella pueda llenar su gloriosa labor moralizadora.

Existe un hecho de una gran trascendencia al cual no se presta bastante atención. Me refiero á la circunstancia de que el proletariado industrial está en su mayor parte emancipado de lo sobrenatural. Los obreros de las ciudades rechazan en general la idea de Dios y tienden a reconocer á la Humanidad como la salvaguardia de su misión social. Aconsejar hoy teológicamente á los proletarios, es contraproducente. Ellos sólo podrán aceptar la moral altruista, porque ésta nos impone á todos deberes incontestables en vista dèl bienestar universal. No dudemos de que hasta el partido anarquista ha de persua-

dirse al fin de que la felicidad del género humano es inaccesible fuera del régimen sociocrático prescrito por el positivismo. La eliminación de toda autoridad política y moral no engendraría más que discordias. De las imperfecciones del Gobierno y del sacerdocio, inferir la conveniencia de su abolición es olvidar que la sociedad no es una aglomeración sino un organismo. Parece increíble que pueda caerse en ese error, cuando hasta en las más pequeñas reuniones anarquistas habrá siempre alguien que presida. La misión normal, tanto del poder temporal como del poder espiritual, es velar, el uno política y el otro religiosamente por el mejor servicio de la Humanidad. Tócale á su vez á la opinión pública, constituida sobre todo por el proletario, llamarlos al cumplimiento de sus altos deberes si llegaren á infringirlos, pudiendo determinar, en casos extremos, un cambio completo del personal directivo. Hé ahí solo un indicio del profundo espíritu social del positivismo. Nadie ha sido más verdadero amigo de los proletarios que Augusto Comte, porque, sin adularlos nunca, ha elaborado la doctrina que debe hacerlos felices.

Tado

XI

Carácter positivo que reviste ahora el buen sentido universal.—El escepticismo es al presente injustificable.—Se debe tender directamente al positivismo sin perder fuerzas en negaciones.

La tarea de eliminar radicalmente el concepto de lo sobrenatural, es ahora impostergable para facilitar el progreso humano. Toda persona animada de nobles sentimientos sabrá concurrir á esa obra necesaria. Solo cuando se sufre de individualismo antisocial se pueden preferir las viejas creencias al positivismo. ¿Qué se diría de quién sostuviera hoy que los eclipses son fenómenos sobrenaturales? La pretendida intervención teológica en la existencia humana se encuentra en el mismo caso.

El buen sentido universal reviste actualmente un pronunciado carácter positivo, á causa de la reacción ejercida en el espíritu público por el desarrollo de la ciencia que, habiendo partido del orden matemático, se ha elevado hasta el orden moral, á través de la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología. Espontáneamente se tiende á reconocer, en general, que el hombre debe consagrarse por entero al servicio de nuestra especie, sobreponiéndose á toda inclinación teológica. De ahí que se halle verdaderamente

expedito el camino hacia la Religión de la Humanidad, y que sólo pueda dejarse de llegar á esta sublime doctrina por falta de aliento altruista.

Cualquier movimiento en el sentido sobrenatural implica al presente una tendencia retrógrada. Se debe por eso huir de todo teologismo, incorporándose de lleno en el positivismo, bajo cuyo amparo hemos de alcanzar el más alto perfeccionamiento social y moral. En vano se pretende desconocer esto con sofismas interesados que no pueden engañar ni á sus mismos autores. La lucha entre el teologismo y el positivismo se reduce, en el fondo, á la lucha entre el egoísmo y el altruismo. Con las creencias sobrenaturales no quedarán más que los enfermos de personalismo incurable; en la Religión de la Humanidad se juntarán todos los espíritus generosos. Medítese á este respecto seriamente y desaparecerá hasta la menor sombra de duda.

El problema humano puede condensarse en la educación. Que ella debe ser ahora positiva y nó teológica, es incuestionable. Esto pide, sin embargo, una explicación, porque la palabra *positivo* es mucho mas significativa que la palabra *científico*, con la cual se le confunde á menudo. Educación científica no es, en verdad, lo mismo que educación positiva. La diferencia consiste en que la primera se preo-

cupa del saber y desatiende la moralidad, mientras que la segunda, sin descuidar el saber, tiene á la moralidad por objetivo supremo. La educación meramente científica no podría reemplazar jamás á la educación teológica, que tiende de preferencia á la cultura del sentimiento. Eso lo conseguirá sólo la educación positiva, que subordina el espíritu al corazón, y que, junto con las nociones reales que da sobre los diversos órdenes de fenómenos, determina nuestros ineludibles deberes altruistas para con la familia, la patria y la Humanidad, encaminándonos de ese modo á la verdadera virtud.

No es justificable ahora el ocuparse en atacar el catolicismo sin saberlo sustituir. Esa conducta puramente negativa se explica en el siglo XVIII. No así después de la Revolución Francesa, que demolió el antiguo régimen, pero que, no habiendo podido instalar uno nuevo verdaderamente orgánico, por falta de la doctrina normal que debía surgir más tarde, dió ocasión á que reapareciera el catolicismo en la gran ciudad de París, que preside á los destinos del género humano. Toda labor negativa sería enteramente impropia ahora que el positivismo está fundado. Ante esa grandiosa doctrina el catolicismo desaparecerá necesariamente del orden social, quedando sólo como un venerable recuerdo por los servicios que ha prestado.

El positivismo nos explica, con perfecta claridad, el conjunto del pasado; sabe tributarle el homenaje que merece y nos traza el glorioso porvenir á cuya edificación debemos todos consagrarnos. Se incurre en un gravísimo error cuando se cree que á nosotros los americanos también nos corresponde tener nuestro siglo XVIII, para elevarnos después á la doctrina altruista.

La evolución original que se efectuó en Francia tuvo que ser negativa para permitir la elaboración de la nueva doctrina en que la Humanidad debía reemplazar á Dios. Pero una vez que ha surgido el positivismo, lo que importa es sostenerlo y propagarlo en todas partes, ahorrándonos la dolorosa experiencia propia de aquella gran nación que ha trabajado para nuestra especie entera. La afirmación expresa de las concepciones altruistas disipará irresistiblemente las creencias sobrenaturales. Procediendo así, no trascurrirá mucho tiempo sin que se vea avergonzarse á la gente de pensar teológicamente, no sólo porque eso implicaría degeneración intelectual, sino también, lo que es más grave, un extravío del corazón.

Las creencias sobrenaturales llenaron su labor, y no hacen ya sino perturbar el progreso humano. El escepticismo tampoco tiene hoy razón de ser, y sólo con-

tribuye á enervar las almas. De lo que se necesita con apremio para salir de la honda crisis en que se halla el mundo, es de las inquebrantables convicciones altruístas que aporta la Religión de la Humanidad. No puede concebirse nada más perfecto que esta doctrina, en cuyo seno vendrán á reunirse todos los hombres para proseguir normalmente el desarrollo de la civilización, acrecentando, de día en día, la concordia internacional y el bienestar interno de cada pueblo.

Parece increible que haya todavía quienes duden que educar no es sólo instruir la inteligencia, sino, sobre todo, formar el corazón y el carácter. Se puede saber mucho y ser, sin embargo, un individuo pernicioso por falta de moralidad, ó nulo por falta de voluntad. La virtud no consiste, de ningún modo, en la ciencia. Ya en la antigüedad rectificaba el profundo Aristóteles la opinión de Sócrates y Platón, de que quien conoce la verdad no puede ser inmoral. No basta el saber para practicar el bien, porque éste no depende de la inteligencia, sino del sentimiento. Así suele verse á personas ilustradas completamente inmorales, en tanto que otras, en medio de su ignorancia, son mui virtuosas. La educación debe, pues, tener particularmente en vista la cultura altruísta. Cuando la ciencia no está al servicio de la moralidad, carece de dignidad

y eficacia. Nuestra educación ha de ser, en una palabra, verdaderamente religiosa; lo que quiere decir, según el sentido definitivo de ese vocablo, que nuestros sentimientos, pensamientos y actos deben reglarse siempre por el amor de la Humanidad. A ese espíritu normal de la educación se opone aún la dualidad, introducida por el teologísmo, de una existencia terrestre y otra extra-terrestre. Semejante concepto, que fué religioso en el pasado, se ha vuelto irreligioso ante el progreso que alcanzamos, y debe ceder el puesto á la evidencia de que nuestro destino efectivo se cumple integralmente en nuestro planeta.

XII

El reino de la Humanidad se impone.—Profundo engaño de los que se imaginan que Ella no es un sér sino una abstracción.—Sentido propio de la palabra religión.—El positivismo presidirá eternamente los destinos de nuestra especie.

Se necesitaba de un Sér Supremo que llenara, respecto de las patrias, el oficio orgánico que la patria llena respecto de las familias. Tal es el que nos ha sido revelado sociológicamente por Augusto Comte en la Humanidad. Bajo su benéfico y glorioso predominio todas las nacio-

nes sabrán vivir estrechamente unidas. Ninguna de ellas podría sustraerse en adelante al imperio de la Humanidad, sin caer en inmoralidad tan grave como manifiesta. Eso sería peor aun que si la familia quisiera desconocer á la patria, ó el individuo á la familia. Hoy está demasiado á la vista la verdadera senda de nuestra existencia para que pueda dudarse de élla en caso alguno. Dependemos de la familia, la patria y la Humanidad, de cuyo triple servicio no debemos nunca apartarnos. La más pura moral disciplina de ese modo nuestra vida entera.

Al tornarse de teológica en positiva la religión se perfecciona altamente. El fondo interesado que antes tuviera se convierte en el desinterés más completo. La esperanza del premio y el temor del castigo que presidian á nuestra conducta bajo el teologismo, se ven reemplazados en el positivismo por el amor á la Humanidad, como inspiración capital de nuestros sentimientos, pensamientos y actos. Entonces la noción del deber, libre de todo espíritu egoísta, reviste un carácter plenamente altruista. Cuantos sepan conocer el positivismo, no podrán menos de preferirlo á cualquiera creencia sobrenatural. El verdadero objeto de las doctrinas es guiarnos hacia el bien; y la que mejor desempeñe esa gran función y tienda al más santo ideal, llegará á prevalecer

sobre todas las otras. La superioridad del positivismo es tan incontestable, que con él no puede medirse ninguna especie de teologismo, ni bajo el aspecto primordial del sentimiento, ni en cuanto se refiere á la inteligencia y á la actividad.

Todavía se quiere sustentar la inmortalidad objetiva, que presupone la independencia entre el espíritu y el cuerpo, y se trata de interpretar en su apoyo las diversas incidencias de los sueños, los presentimientos y el sinnúmero de alucinaciones que se experimentan. Ante el criterio positivo nada de eso comprueba que el alma pueda existir por sí sola, y que sea otra cosa que el conjunto de las funciones del cerebro. Olvídese por un momento la aspiración egoísta á perpetuarse, no subjetivamente en el recuerdo de nuestros semejantes, sino objetivamente fuera de nuestro planeta, y todos los argumentos en favor del orden sobrenatural se disiparán cual sombra vana. Citaremos un pensamiento de Augusto Comte muy apropiado para rectificar hasta la menor tendencia en tal sentido. Hélo aquí: «Se ve á menudo cuerpos sin alma, pero no se ve nunca alma sin cuerpo.»

Si el orden sobrenatural fuera indispensable para cimentar la moral, se comprendería que se gastara empeño en mantenerlo, aunque no sea susceptible de demostración. Pero puesto que la Huma-

nidad consolida ahora evidentemente nuestros deberes, purificándolos de toda índole egoísta, la noción de Dios pierde su transitoria eficacia y queda sólo como un obstáculo á nuestro más alto perfeccionamiento individual y social. Es de esperar por eso que las naturalezas dispuestas al verdadero progreso han de saber convertirse del teologismo al positivismo.

Suele aseverarse que la Humanidad no es un sér, sino una abstracción, y que, como tal, carece de aptitud para presidir nuestra existencia. He ahí una extraña ceguera de alma. No porque la Humanidad no sea un sér individual, es por eso una abstracción, sino el más grande de los seres colectivos, el verdadero Sér Supremo, en una palabra. A nadie que esté en su buen sentido se le ocurrirá, por ejemplo, pensar que la patria no es un sér, ni desconocer tampoco que ella debe regir la existencia de todas las familias que encierra. Pues bien, la Humanidad lleva en su seno á todas las patrias, y está llamada á constituir el lazo de su eterna unión.

No es razonable ofuscarse con la teología una vez que ha sido fundado el positivismo. Esta doctrina regla nuestra vida entera por el altruismo inherente á la naturaleza humana. La verdadera moral consiste en vivir para nuestros semejantes

en la esfera doméstica, nacional y universal. A ese respecto no cabe discusión, por cierto. No hay quien se atreva á sostener que se debe vivir para sí mismo, aunque eso se vea fermentar en el fondo de toda tendencia á lo sobrenatural. Fuera del punto de vista social no existe la virtud. Nadie debería, pues, apartarse del servicio exclusivo de la familia, la patria y la Humanidad, que abrazan el conjunto de nuestras relaciones efectivas.

La palabra religión disuena, en general, á los espíritus emancipados de lo sobrenatural que no se han convertido aún al positivismo. Eso proviene de que la creen sinónima de teología. No existe entre esas dos voces ninguna identificación necesaria. El sentido genuino de la palabra religión es ligar dos veces, y por eso ha sido aplicada á las doctrinas que se preocupan de reglar la conducta individual y de enlazar también á los hombres con unos mismos principios. Tan cierto es que la voz religión no implica de suyo teología, que los partidarios de las opiniones políticas y sociales más contrarias á lo sobrenatural, se apellidan, sin embargo, naturalmente entre sí, de correligionarios. Cuando Augusto Comte calificó de Religión de la Humanidad al positivismo, que viene á reemplazar al teologismo, se sirvió de un feliz término que, según el mismo Maestro, es la más bien formada

de todas las palabras. Con la voz religión se significa, en efecto, la plena armonía individual y social á que se debe tender siempre.

El monoteísmo cristiano y el islámico están de acuerdo con el hebraico en la supuesta creación del mundo en seis días y en el pretendido pecado original. ¿Es concebible que se intente ahora dirigir el mundo con semejantes ideas, producto de una civilización en la infancia? ¿Quién que esté verdaderamente al cabo del desarrollo actual del espíritu humano podrá dejar de convenir en que si á Moisés, San Pablo y Mahoma les fuera dado renacer, serían los primeros en tener sus respectivas doctrinas por inadecuadas para seguir llenando el alto fin á que las destinaron? Cada uno de esos tres grandes hombres trataría indudablemente de reformar su propia labor.

Pero, al encontrarse con el positivismo, se inclinarían reverentes ante Augusto Comte, proclamándolo el Maestro Supremo. La obra que ellos realizaron hubo de ser transitoria por basarse en la teología. En cambio, la obra de Augusto Comte, que se basa en la sociología, es eterna. Los odios entre clases, entre pueblos y entre razas desaparecerán al sublime influjo del positivismo, cuyo poder benéfico jamás se agotará. ¡Qué inmensos progresos morales no han de alcanzarse cuando la educación altruista reemplace á la educación egoísta en toda la tierra! La felicidad no será entonces una vana ilusión teológica, sino una gloriosa realidad humana.

Cuando se adhiere hoy anacrónicamente á la idea de Dios, se desconoce la verdadera esencia de la religión. Ella no reviste un venerable carácter de preeminencia en el organismo social, sino en cuanto se consagra al perfeccionamiento moral de nuestra naturaleza. Al presente ese alto objeto es inaccesible por medio del monoteísmo. Los deberes que se apoyen en esta deleznable base pueden desmoronarse al menor soplo. Me parece que esto no ofrecerá duda alguna al que aborde la cuestión religiosa con elevado espíritu. En presencia, como estamos, de la madurez de la razón humana, es preciso abstenerse de apelar á las concepciones teológicas para enseñar la moral. Una religión que se base aun en lo sobrenatural, quedaría á la retaguardia del progreso y carecería, por consiguiente, de prestigio y eficacia. Cualesquiera que fueran los servicios que hubiere antes prestado, no por eso dejaría de haber hecho su época. Para que una religión sea verdaderamente digna y moralizadora debe ponerse á la cabeza de la civilización. Así lo hace el positivismo, que presidirá eternamente los destinos del género humano.

ÍNDICE

Pág.

I. Agotamiento del teologismo. – Necesidad de que el positivismo lo reemplace. – Actitud orgánica que debe tomar el elemento progresista. – Verdadero objeto de la educación y de la vida..... 5

II. Justicia que la Religión de la Humanidad tributa al pasado. – Moralidad transitoria del teologismo. – Moralidad definitiva del positivismo. – Oficio de lo sobrenatural. – La Humanidad es la fuente efectiva de todas nuestras inspiraciones..... 9

III. Peligro actual de la educación católica y protestante. – Urgencia de la educación positiva. – San Pablo es el verdadero fundador del catolicismo. – La idea de Dios es indemostrable..... 13

IV. Verdadero rumbo del deber. – Superioridad de la moral positiva sobre la teológica. – Objeto de la adoración religiosa. – Importancia de la Religión de la Humanidad respecto de la cuestión social..... 17

V. Significado del tipo de la Virgen Madre. – Su transformación de misterio teológico en utopía positiva. – Llamamiento á todos los hombres sin distinción de partidos. – Función de los templos. – La Iglesia es necesaria para el orden moral..... 22

VI. Juicio sobre la obra de Crookes *Fuerza psíquica*. – Criterio positivo. – Verdadera teoría del alma formulada por Augusto Comte..... 28

Pág.

VII. El punto de vista social excluye ahora al monoteísmo. – Todo debe centralizarse en la Humanidad. – La tendencia á lo sobrenatural es incompatible con el verdadero altruísmo..... 32

VIII. El espiritismo pretende renovar lo sobrenatural. – Eso es un grave error. — El orden moral se aclara desde que Augusto Comte ha establecido que el altruismo es inherente á la naturaleza humana. – Verdadera inmortalidad..... 37

IX. Valor histórico de la idea de Dios. – La idea de la Humanidad debe sucederle como el único principio sólido para dirigir el mundo. – Peligros que envuelve el espiritismo..... 41

X. Aptitud de la mujer para el positivismo. – Superioridad moral de élla respecto del hombre. – Emancipación del proletariado tocante al sentimiento de lo sobrenatural..... 45

XI. Carácter positivo que reviste ahora el buen sentido universal. – El escepticismo es al presente injustificable. – Se debe tender directamente al positivismo sin perder fuerzas en negaciones..... 50

XII. El reino de la Humanidad se impone. – Profundo engaño de los que se imaginan que Ella no es un sér sino una abstracción. – Sentido propio de la palabra religión. – El positivismo presidirá eternamente los destinos de nuestra especie..... 55

This book is due two weeks from the last date stamped below, and if not returned at or before that time a fine of five cents a day will be incurred.

146 L1364

1066660

BRITTLE DO NOT PHOTOCOPY

COLUMBIA UNIVERSITY
0026050382

JUL 22 1931